

PREFACIO

El tiempo nos deja los materiales necesarios para construir nuestra historia. Según nuestra percepción y reconstrucción de los hechos, y si es nuestra inclinación, narramos todo cuanto nos ha dejado huella, ya fuera por alterar nuestros planes, por tocar nuestro lado emotivo, o simplemente por contar. Relatamos lo ocurrido a quienes nos escuchen, y al narrar añadimos un poco de nuestra visión de los hechos y de nuestras reacciones. En los relatos de la vida real hay mundos de ficción, porque los que relatan son libres de suprimir, añadir, adornar, exagerar, y así entregarse con abandono a la satisfacción de ser escuchados. Pero donde quiera que haya ficción, siempre ha habido una realidad inspiradora, una chispa creativa originada por un hecho importante para alguien. Por lo tanto, todo rumor tiene trazos de verdad, y todo relato tiene dos raíces, una en tierra firme mientras que la otra flota en el mundo de la imaginación, y se alimenta de ese mundo tanto como del de la historia local. El pasado cobra vida cuando se comparte. Si nadie recuerda un evento en

particular, ¿ocurrió verdaderamente? ¿Acaso importa si ocurrió o no? Un evento siempre afecta en alguna medida el curso de la historia de alguien, de algo, o de un lugar. De lo que una vez fue, quedan rastros en el plano astral, como el negativo de una fotografía vieja, que adquiere una imagen positiva al ser plasmada sobre la conciencia, tal vez como una estampa en la memoria colectiva, o en la de una sola persona que puede decidir compartir o no su experiencia o lo que ha escuchado de otros. El pasado depende de los aludidos, ya fueran testigos, o la audiencia de un testigo. Así continúa el relato, de boca en boca, transformándose con el tiempo. Los que vivieron un hecho notable nos dejaron sus versiones, para que las volvámos a contemplar, y les demos nuestras propias pinceladas de color o cubramos algo con nuestra propia sombra. Los que cuentan son los editores del pasado, los agentes de la tradición y el folklore. Los lugares están atados a lo sucedido como el marco de una fotografía. Lo que hace que un lugar tenga pleno acceso a la memoria no es el lugar en sí, sino lo vivido allí, las emociones contenidas en él.

La historia siempre contiene un poco de ficción, y toda ficción tiene su historia.